



"Una sombra muy pronto serás" de Jorge Solís Piñero

Por José María Lozano Cabezuelo

Siempre he pensado que para muchos de los que lo conocemos, la honradez y el coraje intelectual de Jorge Solís están fuera de discusión. Ahora quiero escribirlo. El motivo lo proporciona esta reciente novela *Una sombra muy pronto serás* (ejemplares disponibles en los puntos de venta habituales en Infantes o solicitados directamente a Ediciones Atlantis), que enlaza de alguna manera con otras de sus publicaciones anteriores: *República, Guerra y Posguerra*, *Villanueva de los Infantes, 1931-1946* y *Crónica de unos años difíciles. Villanueva de los Infantes durante el Franquismo, 1947-1959*.

Este nuevo libro reúne los frutos de una tarea razonable, llena, al mismo tiempo de bondad y justicia. Los textos de sendas obras han sido escritos con un mismo propósito: la colaboración en la construcción de nuestra tolerancia. Jorge es, como determinados de sus protagonistas: Hermenegildo, Fernando y Antonio, un defensor de las libertades. Hermenegildo Velasco, abuelo materno del protagonista Antonio, era eso que en los tiempos franquistas se definía como de la cáscara amarga, y que antes de esa etapa de tan desconsiderados bautismos se llamaba republicanos. Maestro pobre e ilustrado, para quien el libro constituía una prodigiosa herramienta de aprendizaje, de revelación y construcción del mundo, de diálogo, de adquisición de la sabiduría, de aprovechamiento del tiempo y, sobre todo, de liberación intelectual.

En esta obra el autor retrata una época en que la represión franquista alcanzó no sólo el ámbito político, también el económico, el laboral, el administrativo, el religioso y el educativo. Solís se basa en recuerdos de la gente mayor para darle protagonismo a la memoria, para que ella nos sirva de escarmiento y aquello no vuelva a ocurrir.

En la Villanueva de guerra incivil y posguerra, los golpes indignos de los gobernantes, de los caciques, encarnados en bestias feroces ("Cada uno es como Dios le hizo, y aun peor muchas veces". *Quijote*, 2ª parte, cap. 18) como el señor Sánchez, importante empresario poseedor de un gran capital, y "El Cojo Rabia", enseñan la rebeldía y despiertan la dignidad de quienes, como Fernando, ven con crispación cómo la libertad -en ocasiones, una insostenible carencia-, el fundamento de la democracia, y cómo la democracia, el fundamento de la dignidad, están siendo obstruidas a diario.

Hace ya mucho tiempo que Jorge Solís pertenece al vastísimo ejército moral de los demócratas que valora al hombre de un modo puntual, que aprecia a esos escasos españoles que desde el siglo XX dan honradez a la España del siglo XXI. Cuanto signifique regresión chocará contra el amor que él siente por unos seres aquí reflejados, que quedarán en la moral del Tiempo, en la memoria de la Historia: dándole dignidad, solidaridad, coraje, grandeza, porvenir: dándole, en fin, sentido.

Los temas que en este libro se verán sin trampa ni cartón, son la **solidaridad** encarnada en Juana, noble mujer, considerada una más de la familia, que siempre sirvió en la casa de los padres de Fernando y el médico don Tomás poniendo todos los medios a su alcance para paliar una quebrada salud de María, la mujer de Fernando, agredida por la perseverante pobreza; nadie quería contratar a una mujer y además hija de un rojo: "Muchos días su dieta consistía en tres sardinas. Al mediodía, con un poco de harina, ajo, aceite y agua hacía un caldo con una sardina y las otras dos las guardaba para cenar. Otros días se freía un huevo, comiéndose medio al mediodía y el otro medio para la cena". La primera vez que María comió un huevo frito entero para ella sola fue el día de su boda, cinco de febrero de 1936, en plena campaña electoral. La

sensatez de Juana -consciente de que en las guerras gane quien gane, pierden siempre los mismos- queda plasmada en una de tantas malas rachas familiares, cuando las fatigas acuciaban: "No te preocupes, Fernando. Yo seguiré limpiando casas, pues mande el fascismo o mande el comunismo, los que tenemos que limpiar siempre somos los mismos". Bien sabe, Jorge, que la solidaridad es un imperativo de las comunidades, tan dadas por lo general a la inmundicia de las guerras civiles y otras pruebas de la rastrera crueldad de nuestra especie.

La necesidad de la **libertad** (siempre la libertad, que el que no sienta esa sed después de la pertinaz sequía del franquismo es que no se enteró gran cosa de lo que fue aquello). Fernando, el verdadero protagonista, fue un mutilado de guerra, pero no por las secuelas físicas de las batallas donde no participó, sino por las torturas soportadas durante la posguerra; su mutilación apunta a su espíritu más que a su cuerpo, a su alma más que a su mente. Fue condenado a la pena de seis años de prisión menor por un delito (Auxilio a la Rebelión) que nunca cometió. Su mujer sufrió con él la cárcel. Él, preso adentro; ella, prisionera en el resto del mundo, aguardando su libertad.

El afán de **justicia** (ya que sin ese afán la libertad no pasa de ser el latifundio de unos pocos). La intolerancia, la prepotencia, la injusticia y el desdén, despojan a Fernando, malquisto por sus ideas liberales, de todos sus bienes (tierras, casa...) y de su puesto de trabajo. Forma parte de aquellos que hubieron de soportar una cruel posguerra, actuando en la vida cotidiana con naturalidad, pero absorbiéndose cada día, cada minuto, las ansias de gritar lo que eran, lo que habían sido y lo que habían sufrido ellos y sus familias.

El matrimonio Fernando y María ven la multitud de engaños que se cometen por encima y por debajo de la cuerda. El proceder de "la reserva espiritual del pueblo", del señor Sánchez, de don Eladio el cura, de la tía abuela "protomisericia" y de las damas de la alta sociedad, nos lleva a uno de los *Sueños* de Quevedo: "La Calle Mayor del mundo llámase **hipocresía**, calle que empieza con el Mundo, y se acabará con él, y no hay nadie casi que no tenga sino una casa, un cuarto o un aposento en ella".

Fallece María, y Fernando, ante el aislamiento y la indiferencia de la gente, harto de sufrir por culpa de la injusticia y la intolerancia, decide emigrar a Argentina donde muere. Regresa su hijo Antonio a España, al cabo de los años, con la intención de enterrar las cenizas paternas en Villanueva. Aprovecha para visitar la iglesia de la Trinidad donde se encuentra la imagen de Jesús Rescatado, a quien su padre, superado el frecuente estereotipo del rojo y ateo (decía de sí mismo que era más cristiano que católico), tenía gran devoción: "Entré en el templo. Vi y admiré la imagen... De rostro moreno, con una mirada que parece desprender fuego, pero serena, con la cabeza alta, afrontando su prendimiento y lo que le esperaba después... No me extraña que mi padre le tuviera devoción, pues en la imagen lo vi reflejado. Apresado y vilipendiado, pero sin perder la dignidad".

Ensimismado Antonio en sus cavilaciones, al pasar por la Plaza Mayor, el altavoz de un bar reproducía la canción "La respuesta está en el viento". Esa frase, que llega del pasado, es a la vez un camino que lleva al porvenir. En su mente se hace la luz. Ya sabe lo que tiene que hacer con las cenizas de su padre: las esparce en el viento por la luminosa razón de que han pertenecido a un hombre libre.

Jorge Solís Piñero, entero como la verdad, es de aquellos que mentir le enferma; licenciado en Geografía e Historia, Diplomado en Ciencias Sociales, Maestro de escuela y de sensateces, enamorado del arte y de las bellas letras, construye este volumen para decir, con claridad y sencillez, como deben ser dichas estas

